

“Darío”

Era por la mañana en Londres y Tom se disponía a desayunar con su mujer. Cuando acabaron, Tom fue a recoger el periódico y el correo. Para su sorpresa se encontró una carta que decía que debía ir a Los Alpes a una casa de un señor que quería hacer una compra. Tom trabajaba de vendedor de casas. Tom llamó a su trabajo para comprobar si eso era cierto, ya que la carta no tenía remitente ni estaba firmada. Le dijeron que era cierto, que tenía que ir allí porque el dueño de esa casa quería comprarse una por la zona de Londres.

Al día siguiente se despidió de su mujer y tomó un avión, para luego tomar el tren y finalmente un autobús que lo llevaría hasta la casa de aquel señor. Como era una zona desconocida, decidió preguntarle a una mujer que se encontraba por allí cerca si sabía dónde quedaba el lugar que le habían indicado para su recogida, pero la mujer, al leer el sitio, se asustó y le pidió por favor que no fuera y huyó dando gritos. Decidió tomar el primer autobús y se bajó en la parada que le indicó el hombre que conducía el autobús.

Era un lugar oscuro en medio de un monte. No había nadie. Tom se sentó en una roca que había allí en medio de un camino y después de unos minutos pudo divisar que se aproximaba un coche que paró justo delante de él y de que se bajó un hombre que iba con un traje y le hizo unas señas como indicándole que se subiera al coche.

Ya llevaban varios minutos de viaje y cada vez se metían más en el oscuro monte. Tom le habló al señor, pero él no dijo ni palabra. Llegaron a una cima de una pequeña montaña desde donde se podía ver una pequeña casa y un hombre que esperaba en la puerta.

Al llegar, el hombre le abrió la puerta a Tom y le dijo que pasara, que el dueño le iba a estar esperando dentro. Cuando se dio la vuelta el coche ya no estaba y no le quedó más remedio que entrar a aquella casa.

El hombre, que era el mayordomo, por así decirlo, se llamaba Hans. Le enseñó toda la casa, no era muy grande en sí, pero tenía lo esencial. Llegaron al final de un pasillo donde se encontraba una puerta y Tom le preguntó a Hans a dónde llevaba, pero de repente apareció un señor mayor que le dijo que no podía entrar ya que solo era un viejo desván que no tenía nada y que estaba todo lleno de polvo, que no merecía la pena entrar y le convidó a que fueran a cenar.

Una vez en el comedor, el hombre, que se llamaba Darío, le comentó que quería comprar una casa en Londres porque le parecía un lugar precioso, ya que lo había conocido cuando él era más joven y que le encantaría volver allí. Cuando acabaron de cenar, Tom le enseñó unas fotos de diversas casas que estaban en venta por aquella zona. A Darío le encantó una de las casas que quedaban aproximadamente a unos cinco minutos del centro de la ciudad. Firmaron unos papeles y Darío acompañó a Tom a su habitación, pues se había hecho muy tarde y ya pasaba de la medianoche.

A la mañana siguiente, Hans lo despertó. Le dijo que Darío había salido muy temprano y que más o menos hasta la hora de comer no volvería. Él iba a bajar al pueblo más cercano para comprar un par de cosas que le hacían falta para la comida y en una media hora no volvería. Ya tenía el desayuno servido en el comedor.

Tom se vistió y tomó el desayuno. Ya había pasado más de media hora y Tom estaba aburrido, por lo que decidió visitar por su propia cuenta aquella casa. Estuvo un buen rato hasta que volvió a dar por casualidad con aquella puerta a la que no le habían dejado entrar. Tom quiso entrar, para ver si era verdad lo que le habían dicho, que no había nada o que le estaban ocultando algo, pero la puerta estaba cerrada con llave y escuchó unos ruidos que él supuso que era Hans y bajó corriendo para que no sospechara nada.

Ya eran pasadas la una del mediodía y apareció Darío con una capa roja y llevaba una especie de animal que no supo reconocer. Tom supuso que se había ido de caza, por eso había salido tan de madrugada. Darío se metió en la cocina donde estaba Hans y después salió con una gran

sonrisa, como si hubiese recibido muy buenas noticias o algo bueno estuviese sucediendo. Se sentó a la mesa y estuvo varios minutos en silencio. De repente sonrió y se retiró de la mesa. Tom, al acabar de comer, se fue a su habitación, ya que no se le tenía permitido salir de la casa y esperó hasta la hora de la cena.

Cuando ya era la hora, Hans fue a su habitación y le dijo que ya podía bajar. Volvió a haber silencio porque no sabían qué decir, pero Tom le comentó a Darío que ya iba siendo hora de que se volviera a su casa, que cuando él pudiese fuese a Londres a acabar de tramitar los últimos papeles que faltaban para que aquella casa le perteneciese totalmente a él. Darío se negó rotundamente y le dijo a Tom que todavía no podía marcharse y se levantó muy enfadado y se fue, como ya era su costumbre.

Tom se dirigió a su habitación confuso, pues se preguntaba el porqué de esa reacción de Darío a aquel comentario. Tom no conseguía conciliar el sueño. A eso de las tres de la madrugada escuchó unos ruidos raros que provenían de la parte de delante de la casa. Se acercó a la ventana y tras ella divisó a unos individuos descargando unas cajas de dos furgonetas que se encontraban allí aparcadas. Cuando se marcharon se hizo un silencio sepulcral en el que solo se escuchaba el viento que batía sobre las persianas de aquella vieja casa. Tom, armado de valor, decidió salir al pasillo a ver si aún había algo.

No había ninguna luz encendida; pero justo en la puerta en la que le tenían prohibido ir, se escuchaba ruido, como murmullos. Tom, armado de valor, intentó abrir la puerta. Fue una sorpresa que se encontrase abierta. Bajó las escaleras cuidadosamente y sí, allí estaban Hans y Darío. Parecía que estaban recitando algo o cantando. Tom se asustó mucho y decidió marcharse de allí. Para su desgracia se tropezó con un escalón y ellos, desconcertados, pararon de repente, corrieron hacia él y empezaron a golpearlo.

Tom desorientado, le pidió que pararan, que no le hicieran daño, que solo había escuchado ruidos y había decidido entrar, nada más. Tom vio cómo le hacían una marca en la pierna, una especie de cruz, y le dieron un golpe en la cabeza.

A la mañana siguiente, Tom no se acordaba de lo que había sucedido, pero sintió que le dolía mucho la cabeza y vio que tenía un golpe muy fuerte. Tom enseguida lo recordó y decidió escapar. Encontró un camino de tierra y lo siguió. Corrió y corrió durante horas, pero cayó rendido por el cansancio.

Cuando despertó, Tom se encontraba en una cama y al lado estaba su mujer, a la que preguntó dónde estaba, pues estaba desorientado y confuso. Ella le respondió que se encontraba en el hospital, que había tenido un accidente de coche dos semanas antes y que había estado en coma todo este tiempo. Como no recordaba nada, Tom no tuvo más remedio que aceptarlo. Su mujer le comentó que le habían encontrado como una especie de crucecita en la pierna derecha, pero que no le dieron importancia ya que podría haber sido una mancha de nacimiento o una pequeña herida.

Una semana después, le dieron el alta y mientras su mujer llamaba a un taxi para que los recogiera, se le acercaron dos hombres a Tom y le dijeron:

“Sabemos que no recuerdas nada, pero tranquilo, ya eres uno de los nuestros.”